

camino recto para la ciudad y no depender de los puentes de madera, que con tanta facilidad podían ser destruidos. Por la posesión de los diques librábanse en todas partes sangrientos combates, pues los aztecas defendían el terreno palmo á palmo con la mayor terquedad, sucediendo con frecuencia que, cuando habían conseguido cegar una abertura, encontraban destruido su trabajo á la mañana siguiente.

Cuanto más se aproximaban á la ciudad, más numerosos eran los fosos y trampas, así como las empalizadas y terraplenes ó vallas construídas por el enemigo. Este mostraba un valor y resistencia á toda prueba; día y noche surcaban los aztecas con sus ligeras canoas los pasos de los diques, arrojando sobre los españoles una lluvia de piedras y flechas, y lanzando al mismo tiempo su estridente grito de guerra, el cual no podían acostumbrarse á oír los europeos. Al fin, después de semanas enteras de trabajo y á costa de grandes pérdidas, se hicieron éstos dueños de los diques y penetraron hasta la ciudad.

Entonces tuvieron lugar muchísimos y sangrientos combates en las calles, luchándose por ambos lados con igual encarnizamiento y variando alternativamente la fortuna entre unos y otros, pues si algunas veces llegaban á penetrar los españoles en la ciudad, tenían que retirarse ante los violentos ataques de los sitiados. Una vez consiguieron llegar victoriosos hasta el gran Teocalli, cuya colosal masa se elevaba siniestra sobre la ciudad. Pero no era posible todavía conservar aquella plaza, pues tanto de día como de noche tenían que defenderse contra el enemigo, que los rodeaba por todas partes.

Limitáronse en un principio los españoles á renovar de día en día los ataques y á destruir los baluartes y barrios que podían servir de defensa al enemigo. Al propio tiempo cruzaban sin cesar las embarcaciones por delante de la ciudad al objeto de impedir que sus habitantes se proveyesen de víveres, con lo cual sufrían los aztecas grandes privaciones; pero, esto no obstante, seguían combatiendo impertérritos y rechazando toda proposición de paz.

No siempre favorecía la fortuna á los españoles; pues una vez que en el ardor del combate se internaron demasiado y dejaron sin obstruir una de las aberturas de los diques, lo pasaron muy mal. Cortés, que combatía en las primeras filas, se vió en inminente peligro, pues fué vencido por seis jefes aztecas que trataron de apoderarse de su persona; y si no hubiera sido porque algunas de sus gentes se sacrificaron por él sacándole del tumulto y llevándose precipitadamente, no hubiera podido salvarse, pues había sido herido en una pierna y no podía caminar.

Aquel día fué de completa desgracia para los españoles, que, enteramente acorralados por los defensores de la ciudad, tuvieron que retirarse

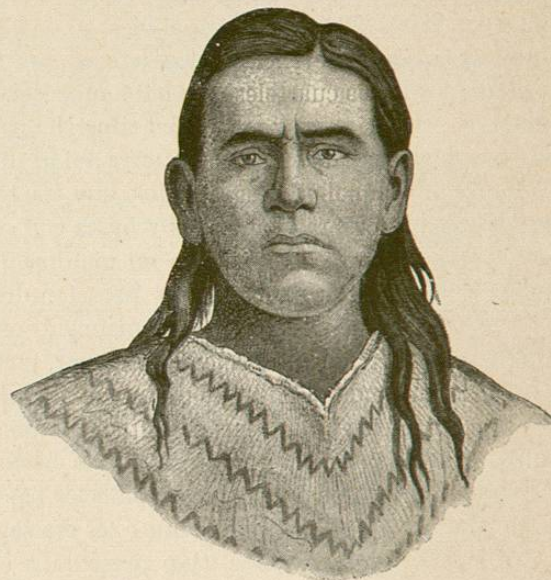
á su cuartel de Tlacopán. Sin duda había hecho Quauhtemoctzín un supremo esfuerzo para librarse de los aborrecidos agresores. Esto lo demostraban no sólo la desesperada lucha que sostenían los indios, sino el redoble del gran tambor de guerra del gran Teocalli y el toque de las trompetas de alarma con que ordenaba el soberano á sus huestes vencer ó morir.

Más de sesenta españoles y mil tlascaltecas murieron aquel día, como igualmente seis caballos. Y cuando llegó la noche y el lúgubre sonido del

gran tambor y el estruendo producido por los cuernos y trompetas de guerra llegaron hasta el cuartel de los españoles, vieron éstos con el corazón desgarrado largas filas de prisioneros que ascendían las altas escaleras del templo. Entre ellos iban algunos que á juzgar por el color de su rostro eran españoles, y el mayor horror se apoderó de los espectadores cuando vieron que los aztecas adornaban con plumas á los desgraciados y les obligaban á bailar ante los ídolos, tendiéndolos después sobre las piedras de inmolación para rasgarles el pecho y arrancarles el corazón. «Tuvimos que presenciar esto, dice Díaz del Castillo, sin poderlos socorrer. No necesito describir el estado de nuestro ánimo, y sin embargo esta pena no era la única que teníamos, pues nuestra situación se hacía cada vez más difícil.»

Quauhtemoctzín envió después de la victoria las cabezas de los blancos sacrificados, como un trofeo, á los aliados de los europeos, con la amenaza de los más severos castigos si no se separaban de ellos. Intimidados por esto, algunos jefes de las tribus aliadas se alejaron con sus tropas en el silencio de la noche.

Sin desanimarse por esto, y al cabo de algunos días de descanso, prosiguieron los españoles la conquista de la ciudad, llegando al fin, después de un asalto general, hasta aquellas fuentes de donde se proveían de agua los habitantes de la misma. Consiguieron destruirlas, algunos días



Tipo de un azteca

después fué tomado también el gran mercado de Tlatelolco, y de este modo iban conquistando el terreno paso á paso. Cortés mandó destruir por completo todas las partes de la ciudad tomadas, y cegar con los escombros de las casas los canales á fin de cortar toda defensa al enemigo, que había convertido cada edificio en una fortaleza, y no verse tampoco ellos detenidos en su marcha por el gran número de fosos construídos.

Por más que los aztecas trataron de impedir por todos los medios los trabajos de los sitiadores, la ruina de la ciudad estaba decretada, mucho más por haber obtenido los españoles un poderoso aliado que logró quebrantar la gran resistencia de los aztecas. Era la implacable muerte, que visitaba los pocos cuarteles que habían conservado los sitiados, mermándolos á centenares por medio del tifus, del hambre y de la peste. Todas las inclemencias que arroja la guerra sobre una gran ciudad sitiada llovieron sobre aquellos desgraciados, que trataban de aplacar su hambre rabiosa con raíces, ratas, hierbas y hasta con cortezas de árbol.

A pesar de esto no pensaban en rendirse. Diariamente reuníanse en rededor de su heroico soberano y parecían dispuestos, como él, á no sobrevivir á la ruina de la ciudad. Inútilmente enviaba Cortés mensajeros á Quauhtemotzín con proposiciones de paz, pues éstas eran fríamente rechazadas, llegando al extremo de que el monarca ordenase, bajo pena de muerte, que ninguno de sus súbditos hablase de paz ó de capitulación. Y así proseguía aquella espantosa guerra hasta el último extremo; cada día caían centenares de templos y palacios bajo las hachas de los españoles, ó eran incendiados. Todo cuanto les era sagrado y querido á los aztecas fué destruído, y Tenochtitlán presentaba el aspecto de una inmensa ciudad en ruinas. En todas partes donde entraban veían los españoles horribles cuadros de miseria y muerte. En las calles, en los rincones de las casas y en los patios hallaban cadáveres espantosamente desfigurados, cuyos escuálidos rostros acusaban bien claro las terribles privaciones que sufrían los habitantes de la ciudad. Ya habían sido conquistadas siete octavas partes de la misma cuando se decidió Cortés á asaltar el último refugio de los sitiados, la parte Norte, llamada Tlatelolco. Cortés, Alvarado y Olid tomaron el mando de la caballería é infantería, y á Sandoval se le dió orden de atacar la ciudad por la parte de los lagos. No bien se dió la señal de ataque, cuando comenzó una espantosa matanza. Por todas partes se oían los disparos de los españoles, y en dirección del lago el estruendo de los cañones, á los que se mezclaban los gritos de los soldados animándose mutuamente al combate y los gritos de guerra de los aliados indios. Ciegos por la desesperación, lanzáronse los aztecas contra los asaltantes, y pronto quedaron las calles y las casas sembradas de cadáveres. Formando arroyos corría la sangre hacia los canales, subían á gran altura

columnas de fuego y humo, y se derrumbaban los calcinados edificios, sepultando bajo sus escombros centenares de personas. «Tan espantosa era la matanza y tales los gritos de las mujeres y de los niños, que no había ninguno entre nosotros al que no se le partiese el corazón al ver aquel dolor.» Esto escribe el mismo Cortés, el duro conquistador, en carta dirigida al emperador Carlos V. Según su informe, perdieron aquel día la vida 40,000 hombres. Tan sólo cuando hubo anochecido terminó el combate, retirándose los españoles de aquella parte de la ciudad por no poder resistir el hedor que despedían tantos cadáveres.

Cuando en la mañana del día 13 de agosto, septuagésimo quinto del sitio, fué como tantas veces rechazada la intimación de rendirse, decidióse Cortés á dar el último golpe. Sandoval tomó de nuevo el mando de la escuadra con el encargo sobre todo de evitar que se fugara por el lago el soberano de los aztecas.

Cortés dirigió el asalto desde la plataforma de un templo, que fué mucho más terrible y sangriento que el del día anterior. Después de muchas horas de combate fueron acorralados los aztecas con sus barcos en el dique que conducía á Tepeyac, y al verse perdidos arrojábanse á millares entre las olas para no volver á parecer jamás. Gran número de nobles se habían



Medalla con el retrato de Hernán Cortés

hecho fuertes en algunos templos, pero el nutrido fuego de los pesados cañones los sepultó bajo sus ruinas. De este modo siguió el combate y la matanza hasta la tarde, en que, viendo los aztecas la inutilidad de su resistencia, cogieron á sus mujeres é hijos y embarcándose en los botes que tenían preparados al efecto en los canales, pronto se vió el lago cubierto de embarcaciones. Sandoval trató de obstruirles el paso, y ordenó á los suyos que observaran principalmente aquellos botes en que pudiera encontrarse el soberano azteca. El que le viese debía hacerle prisionero con todo el respeto debido á su persona.

En efecto, pronto se vieron tres ó cuatro grandes barcas primorosamente talladas y provistas de toldos, que se esforzaban en llegar á la orilla Norte del lago, y que antes que lo consiguieran fueron alcanzadas por el bergantín mandado por García Holguín, que navegaba á velas desplegadas, y que les dió la voz de alto. Los tripulantes de las barcas no qui-

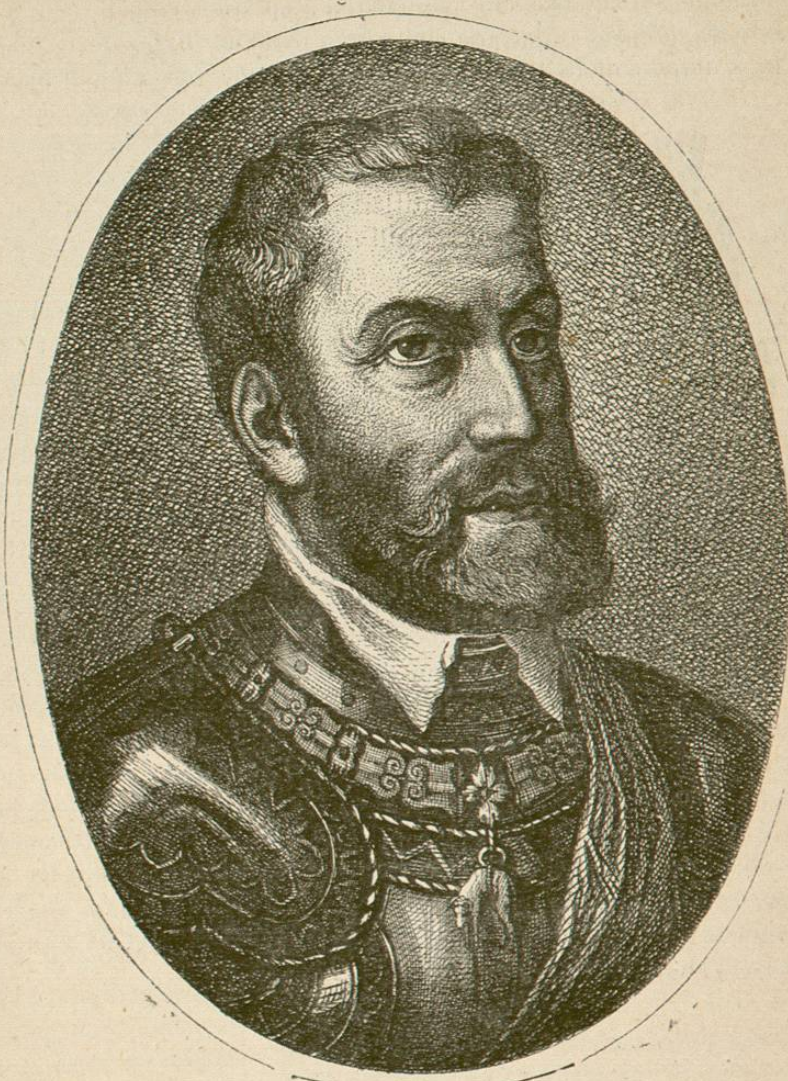
sieron obedecer, y entonces amenazóles García con disparar sobre ellos, y antes de que pusiera en práctica la amenaza se presentó Quauhtemotzín dándose á conocer como soberano de Tenochtitlán. La noticia de su prisión puso fin á la resistencia de los aztecas.

Sandoval y García Holguín condujeron al vencido monarca, que era un hermoso joven de 25 años de edad, de rostro sumamente expresivo, ante Cortés, quien recibió á su valiente contrario con la mayor consideración. Con paso firme avanzó hacia él Quauhtemotzín diciéndole: «Malintzín, he hecho todo lo que estaba en mis fuerzas y en las de mi pueblo para conservar nuestra independencia. Esta ya ha terminado, y podéis disponer de nosotros como queráis. Yo estoy ante tí como prisionero, y te ruego que saques el puñal que llevas en el cinto y me atraveses con él.» Cortés contestó que el valor de Quauhtemotzín le había hecho acreedor á su mayor aprecio, y que un español sabía también considerar á su enemigo; que continuara siendo soberano de Tenochtitlán, y que esperaba tenerle por amigo. Consolado con esto aceptó el regio prisionero, en unión de los suyos, el banquete que se le ofreció, siguiendo después sin resistencia alguna á Sandoval, que era el encargado de albergarle, juntamente con su familia, en casa de Cortés en Coyohuacán. A ruegos del soberano permitió Cortés á los aztecas sobrevivientes que abandonasen la ciudad, que se hallaba convertida en un verdadero cementerio, pues en todas las calles y en los canales veíanse montones de cadáveres y el aire era irrespirable, por lo infecto, desde gran distancia. Se dió la señal de partida, y al instante viéronse desfilar sobre los diques largas filas de hombres, mujeres y niños, demacrados, con los ojos hundidos, y en tal estado que inspiraban la mayor compasión. Tres días y tres noches duró el desfile del hambre y la miseria, y en cuanto cesó envió Cortés cierto número de hombres á la ciudad para que viesen el estado en que se hallaba.

«Entonces vimos, dice Díaz del Castillo, sinnúmero de muertos por todas partes, y de cuando en cuando se encontraban algunos vivos que por hallarse sumamente débiles no habían podido emprender la marcha.

»Todas las calles y plazas estaban como surcadas por el arado, pues los habitantes de la ciudad habían arrancado todas las raíces del suelo y hasta mondado los árboles, para con la corteza amortiguar el hambre voraz que los dominaba. En verdad que ningún pueblo de la tierra ha soportado jamás tanta miseria y penalidades como éste.»

Para limpiar y desinfectar cuanto antes la ciudad tomáronse las más enérgicas disposiciones. En las plazas se encendieron grandes hogueras, en las cuales se quemaban los cadáveres. No puede precisarse con exactitud el número de hombres que perdieron la vida en aquella ciudad, pues los datos fluctúan entre las cifras de 120,000 á 240,000.



Carlos V

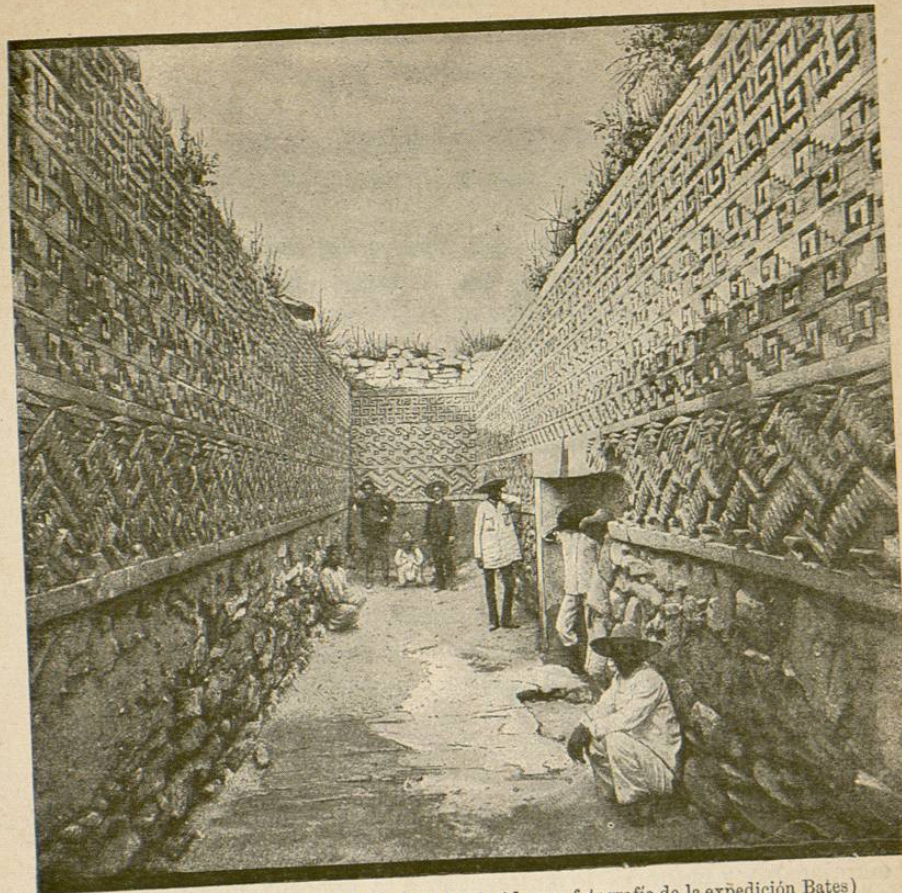
Las riquezas encontradas no correspondieron á las esperanzas que se abrigaban. Gran parte de los tesoros habían sido ocultados por los aztecas, y otros, según datos, arrojados al lago algunos días antes de la rendición de la ciudad. La parte de botín que correspondió á los soldados fué tan insignificante que algunos desdeñaron aceptarla y culparon á Cortés de haberse apropiado arbitrariamente gran parte de él.

Poco después de hallarse limpia la ciudad comenzó Cortés su reconstrucción. Desechado el proyecto de trasladar la residencia á Tezcoco ó á otra ciudad vecina, aprovechó el material existente para erigir en lugar de la antigua Tenochtitlán la nueva México, aún más magnífica. El teocalli dedicado á Huitzilopochtli, *Dios de la guerra*, fué echado abajo y sustituido por una iglesia consagrada á San Francisco, en cuyo lugar se construyó la catedral actual el año de 1573. La mayoría de los canales fueron cegados, las calles ensanchadas, y se erigió un fuerte para seguridad de la ciudad. Con la tranquilidad del país volvieron poco á poco los emigrados; así es que algunos años después de la conquista tenía ya la ciudad de México una población de 30,000 familias indígenas. Cuando comenzaron á regularizarse los asuntos, muchos españoles emigraron allí, y esto hizo que la ciudad que por tan terribles pruebas había pasado fuese floreciendo de nuevo. Un grabado de la época da una vista de la ciudad poco después de su reconstrucción



Figura azteca de piedra, existente en el Museo de Instrucción Pública de Leipzig.

por los españoles. En el centro de ella se ve el gran mercado, de cuyas inmediaciones ha desaparecido ya el gran teocalli. Aún está unida al continente por medio de diques la antigua residencia del soberano de los aztecas, mostrando su primitiva condición de isla, que debía desaparecer más tarde al secarse parte del lago de Tezcoco; mas no es ya aquella orgullosa ciudad de México de la cual podía afirmar con razón un viajero que hubiese viajado por luengas tierras, que ninguna ciudad de Europa podía compararse con ella en hermosura y riqueza.



Aposento interior del derruido palacio de Mitla (de una fotografía de la expedición Bates)

ÚLTIMAS HAZAÑAS DE CORTÉS Y SU MUERTE

Con suma rapidez cundió por todo México la noticia de la destrucción de la ciudad de Tenochtitlán, y de todas las partes del país acudían emisarios con el encargo de cerciorarse por sus propios ojos de la veracidad de semejante noticia, que parecía increíble.

Entre los enviados había también algunos del cacique de Michoacán, cuya comarca estaba situada al Noroeste de Anahuac. Por ellos tuvo Cortés noticia de un dilatado mar que confinaba con su país hacia Poniente, y por extremo exaltado con semejante revelación, envió á algunos españoles con objeto de que penetrasen en aquel mar y tomasen posesión de él en nombre del rey de España. Partiendo en dos grupos, y por distinto